

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Mentalidad, nacionalismo y estilo en el fútbol mexicano.

Arturo Santamaría Gómez.

Cita:

Arturo Santamaría Gómez. (2009). *Mentalidad, nacionalismo y estilo en el fútbol mexicano*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1926>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mentalidad, nacionalismo y estilo en el fútbol mexicano

Arturo Santamaría Gómez.

Los orígenes del estilo.

1. Técnicamente el fútbol mexicano a partir de la segunda mitad del siglo XX adquirió un buen nivel, dicen los críticos domésticos y externos. Una de sus características es el *juego de toque*, es decir, pasar pronto el balón al compañero, generalmente en distancias cortas, evitando el choque y la carrera larga en la cancha. No presume el virtuosismo de los brasileños o argentinos, pero su trato al balón no desconoce los secretos que conocen otras escuelas futbolísticas del mundo, aunque en el tiro a gol dentro del área peca con frecuencia y tira el balón al infierno.

Su fortaleza física dista mucho de la europea, africana o estadounidense e incluso de la brasileña, pero sabe paliarla con técnica y picardía futbolísticas. En el choque cuerpo a cuerpo con jugadores más fuertes y rápidos padece, lo cual busca compensar con su mayor agilidad y maña. Decía el serbio Bora Milutinovic, entrenador de la Selección Mexicana en el mundial de 1986, del futbolista nacional:

“No tiene consistencia. Tiene desventaja en cuanto a la estatura. Más inexperiencia (sic) internacional con clubes que en competencias oficiales. Pero, aunque parezca contradictorio, debe explotarse su disciplina. Es un elemento educable. Al que se le pueden aclarar conceptos, para que desarrolle su rapidez, su vivacidad, su picardía, su inquietud para hacer buen marcaje y correctos desplazamientos.” (Ventura, 1983:182).

En medio de la celebración de la Copa Mundial que se jugó en Estados Unidos en 1994, sobre el estilo decía Ignacio Matus el 5 de julio en las páginas de *Esto*:

“México...es el único representante de un fútbol antiguo en su concepción, pero nuevo en su desarrollo. Es un fútbol elaborado que tiene como premisas principales la posesión de la pelota, la rápida recuperación de la misma, como medio para poder tocar, elaborar y tejer su urdimbre.”

“Se le acusa de excesivo, de depender demasiado del pase de apoyo, pero cuando es complementado con servicios largos y cambios de frente para ampliar la cancha, aparece como muy complejo...”

El estilo mexicano de fútbol ha sido fiel desde sus orígenes hasta los inicios del siglo XXI al pase corto, la enseñanza escocesa que mejor se adaptaba a un carácter con frecuencia cauteloso y de poco riesgo; sin embargo, ya ha incorporado, sin sustituir a lo primero, el lanzamiento largo y más directo, así como mayor movilidad y resistencia física, características del fútbol moderno.

La preparación física profesional basada en la medicina deportiva le ha acortado las desventajas que sufría ante la mayor corpulencia y resistencia de jugadores de otros países. Los jugadores mexicanos por su constitución antropomórfica, salvo excepciones, no gozan de la fortaleza física de otros pueblos, pero su resistencia para correr los noventa minutos del juego reglamentario ha aumentado con los entrenamientos metódicos, a pesar de la dieta que tuvieron en su infancia y adolescencia, abundante en carbohidratos y grasas, y las marcadas diferencias educativas de los jugadores mexicanos, de pobre escolaridad, lejanas a las que tienen la mayoría de los europeos y los estadounidenses.

Fernando Marcos, entrenador de la selección mexicana en los años cincuenta y después cronista y periodista deportivo en los años sesenta y setenta del siglo pasado, decía que en los treinta y cuarenta cuajó un estilo mexicano para jugar al fútbol la cual amalgamó fuerza, calidad creativa y precisión organizada, características que brotaban de los clubes profesionales España, Atlante y Necaxa.

Si situamos en el ámbito internacional las observaciones de Marcos, atribuibles a una mezcla de características europeas y sudamericanas, lo que él veía en el fútbol de nuestro país no se correspondía con los resultados porque tanto en los Juegos Olímpicos, como en los mundiales y encuentros amistosos, la selección mexicana no podía competir en fuerza y organización ante los europeos, ni en habilidad y creatividad ante los uruguayos, argentinos o brasileños.

La Selección Mexicana de Fútbol tardó 28 años en ganar su primer punto en un Campeonato Mundial de Fútbol, al empatar en canchas suecas a un gol con Gales, después de haber debutado en 1930 en el Mundial de Uruguay perdiendo tres juegos consecutivos ante Francia, Chile y Argentina. Al caer 6 a 3 ante la selección albiceleste, la prensa de Buenos Aires dijo del conjunto azteca:

“México practica un *foot-ball* todavía primitivo, cuyo mejor caudal lo constituye el indomable entusiasmo de sus hombres”. (Citado por Bañuelos, 1998:77).

En los años treinta del siglo XX el fútbol mexicano cumplía aproximadamente cuatro décadas de haber llegado al país en los botines de mineros y oficinistas ingleses que trabajaban en empresas de su tierra de origen. En 1896, la publicación inglesa *The Mexican Sportsman* ya hablaba de la práctica del fútbol en la Ciudad de México, pero afirmaba que “nunca ha alcanzado buen éxito aquí, hay, sin embargo, un buen número de amigos de ese *sport* en la ciudad. De tiempo en tiempo los muchachos de los colegios ingleses hacen esfuerzos por organizar un partido, pero tales esfuerzos no han dado frutos, principalmente porque no ha habido competencia que levante entusiasmo”. La revista calculaba que había en la ciudad entre treinta y cuarenta jugadores ingleses de fútbol. (Ibíd., 13) Cuatro años después, los mismos ingleses, pero no estudiantes sino mineros, fundaron el primer equipo que logró sobrevivir profesionalmente 110 años después. Al alba del siglo XX, en 1900, mineros ingleses de la Compañía Real del Monte de Pachuca, fundaron el Pachuca Athletic Club. Posteriormente, en 1901, los estudiantes británicos de la Ciudad de México crearon el Reforma Athletic Club y el British Club. Ese mismo año, empleados escoceses de la fábrica textil El Yute, en Orizaba, Veracruz, formaron su propio equipo.

El fútbol llegó a México y a otras partes del mundo en la etapa de la declinación del imperialismo inglés y en la etapa del ascenso del estadounidense es por eso que en el país del águila y la serpiente, a diferencia de los países sudamericanos y la mayoría de los centroamericanos, arribaron de manera simultánea el béisbol y el fútbol. El deporte inventado por los estadounidenses se propagó más rápida y extensamente en el territorio mexicano, sobre todo en el norte del país y en la costa del Golfo de México, poco antes que el fútbol, porque, ya para entonces, la penetración de la economía y la cultura de Estados Unidos empezaba a ser mayor que la de cualquier otra nación central del sistema mundial. A finales del Porfiriato, dice William H. Beezly: “el surgimiento de muchas actividades deportivas organizadas revelaban la creciente influencia de las comunidades extranjeras en México, pero la simple imitación de los deportes de Estados Unidos e Inglaterra no explican este desarrollo. Los mexicanos seleccionaron los deportes que les parecían atractivos y rechazaron aquellos que parecían chocar con su cultura”. El fútbol americano, por ejemplo, aunque llevado a México antes de la revolución de 1910, solamente empezó a ser practicado de manera organizada por instituciones educativas a partir de 1927(2004: 14).

Así pues, los orígenes del fútbol en México tienen una matriz británica pero con dos vertientes de clase: la obrera, en Pachuca, y la elitista, con los estudiantes británicos, hijos de los empresarios y diplomáticos ingleses en la Ciudad de México que se reunían en el British Club. En ese lugar, en 1902, se fundó la Liga Amateur de Fútbol Asociación que integraron los equipos del México Cricket Club, el British Club, el Pachuca Athletic Club y los escoceses de Orizaba. En Guadalajara, el nacimiento del balompié organizado no se asocia a los británicos sino a un ciudadano belga:

Edgar Everaert, empleado de la compañía L.Gas y Cía., quien fundó el Club Unión en 1906 con jugadores franceses y jaliscienses. La revolución ahuyentó a muchos empresarios británicos y con ella culminó en 1912 la etapa seminal del fútbol en México.

La Revolución de 1910, los “pelados” y el estilo mexicano.

2. Los hijos de la Rubia Albión dejaron en México al fútbol como una herencia deportiva imborrable pero no la huella de su estilo. Sin embargo, aún habiendo permanecido más tiempo y organizado más clubes, los ingleses difícilmente hubiesen dejado su marca en la filosofía y psicología futbolísticas de los jugadores mexicanos. Primeramente, porque su relación deportiva y social se daba de manera casi exclusiva con las elites mexicanas. Solo las familias ricas y poderosas de la sociedad porfiriana hacían migas con ellos. En segundo lugar, y esto es más importante, porque los ingleses tenían un estilo deportivo que se correspondía con sus características físicas y, sobre todo, con su cultura.

En Argentina, donde la práctica del juego se inició tres décadas antes que en México, debido a que la población inglesa era mucho más numerosa que en nuestro país y se dio una interacción mayor entre británicos y argentinos, el estilo inglés era distinto del gaucho. Y esto era así porque la constitución física de la mayoría de los argentinos, aun descendiendo en su mayoría de europeos, sobre todo españoles e italianos, era de menor corpulencia y de temperamento distinto, así como de cunas sociales y culturales marcadamente diferentes de las británicas. Quizá los argentinos asimilaron el empuje y la velocidad británicas, pero no “el sentimiento táctico, la disciplina, el método, la fuerza y el poder físico”, al que opusieron “la agilidad y el virtuosismo de los movimientos”, escribió el antropólogo Eduardo Archetti (2001:20-21). Y es que, decía el diario albión impreso en Buenos Aires, *The Standard*, recuerda Archetti, el temperamento de los jóvenes porteños se caracterizaba por ser “agresivo, vehemente, impulsivo” que dificultaba “la estrategia y el sentido tácticos” y “el juicio racional y pragmático” necesarios, desde la flemática óptica inglesa, para jugar el fútbol y el cricket.

Los ingleses parecían seguir al pie de la letra la filosofía moderna que había brotado a partir de la Ilustración y que agudizó su racionalidad pragmática con la Revolución Industrial, cuando reglamentaron al fútbol y otros deportes a mediados del siglo XIX. Así es que, en México, la celebración de cada encuentro futbolístico en los campos de los exclusivos clubes ingleses estaba rodeada de “rígidas reglas de cortesía y gentileza, que anteponían siempre el espíritu deportivo a cualquier desacuerdo dentro y fuera de la cancha”, escribe el historiador Javier Bañuelos Rentarías (1998:15). Pero esa cortesía, disciplina y gentileza no penetró en los llanos donde empezaban a

jugar fútbol los obreros mexicanos y sus hijos, aunque antes de que llegara a éstos el juego del balón y del pié penetró el gusto, por lo menos en la Ciudad de México, de los estudiantes de las clases medias y altas.

Los noveles futbolistas mexicanos expresaron en esos años iniciales rasgos conductuales muy distintos a los que presumían los ingleses en la Ciudad de México; su estilo era “duro, irreverente y pendenciero” (Bañuelos: 1998:17). Al menos ese era lo que revelaba el Club México, el primer equipo nacional, constituido en 1910, justo el año en que estalla la revolución, lo cual influye para que el equipo se mexicanizara totalmente entre 1912 y 1913. Ese naciente estilo rudo, irreverente y pendenciero atrajo, dice Bañuelos, la simpatía de la afición que empezaba a forjarse en los barrios proletarios de la capital del país.

El nacionalismo popular, que ya no aguantaba las imposiciones autoritarias que favorecían incondicionalmente las inversiones foráneas y que permitían la exclusión, el racismo y el clasismo tanto de mexicanos como de extranjeros a la largo de la dictadura de Porfirio Díaz, encontraba en el estilo del Club México, en medio de la Revolución Mexicana o como parte de ella, el canal para que corriera el resentimiento y se diera rienda suelta al relajo y las broncas en las tribunas. La rudeza e indisciplina de los jugadores del primer equipo mexicano de la capital se convertía en la representación simbólica de las preferencias proletarias capitalinas, porque se identificaban con sus formas de ser. El estallido de violencia popular a lo largo de la Revolución Mexicana magnificó y explicó lo que ya se vivía en las canchas de fútbol cuando jugaba el Club México.

Ese temperamento y conducta de proletarios y lumpenes, llamados “pelados” por Samuel Ramos en 1934 y Octavio Paz en 1950, años en los que publicaron “El perfil de la cultura y del hombre en México” y “El laberinto de la soledad”, fue lo que observaron estos dos influyentes intelectuales de los estudios sobre “lo mexicano”, y los llevó a establecer juicios generalizadores sobre la identidad mexicana que se convirtieron en estereotipos, pero que coinciden con las observaciones de periodistas de la época e historiadores del balompié mexicano.

Para Ramos (1987: 49-60), “la psicología del mexicano es resultante de las reacciones para ocultar un sentimiento de inferioridad” (...) el cual consiste, en lo fundamental, en “que imita en su país las formas de civilización europea, para sentir que su valor es igual al del hombre europeo y formar dentro de su ciudad un grupo privilegiado que se considera superior a todos aquellos mexicanos que viven fuera de la civilización”. Este escritor quien se apoyó en las teorías psicoanalíticas de Adler para escribir sobre “el alma mexicana”, consideró que “el pelado” constituía la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional” (...) “El pelado pertenece a una fauna social de carácter ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo. La vida le ha sido hostil por todos lados, y

su actitud ante ella es un negro resentimiento. Es un ser de naturaleza explosiva cuyo trato es peligroso, porque estalla al roce más leve. Sus explosiones son verbales, y tiene como tema la afirmación de sí mismo en un lenguaje grosero y abusivo”.

Si el “pelado” representa a las mayorías en el análisis de Ramos, hay “un grupo activo” (...) “el de los mestizos y blancos que viven en la ciudad”, identificados implícitamente como los constituyentes de las clases medias. Entre ellos, nos dice este autor, la nota que más resalta de su carácter es la desconfianza. “Se trata de una desconfianza irracional que emana de lo más íntimo del ser. Es casi su sentido primordial de la vida. Aun cuando los hechos no lo justifiquen, no hay nada en el universo que el mexicano no vea y juzgue a través de la desconfianza. Es como una forma *a priori* de su sensibilidad. El mexicano no desconfía de tal o cual hombre o de tal o cual mujer; desconfía de todos los hombres y de todas las mujeres. Su desconfianza... se extiende a cuanto existe y sucede (...) la vida mexicana de la impresión, en su conjunto, de una actividad irreflexiva, sin plan alguno. Cada hombre, en México, solo se interesa por los fines inmediatos. Trabaja para hoy y mañana, pero nunca para después. El porvenir es una preocupación que ha abolido de su conciencia. Nadie es capaz de aventurarse en empresas que solo ofrecen resultados lejanos. Por lo tanto, ha suprimido de la vida una de sus dimensiones más importantes: el futuro. Tal ha sido el resultado de la desconfianza mexicana.”(Ramos; 1987: 49-60).

Ramos no veía ni en los “pelados” ni en los mestizos y blancos de clase media disciplina ni organización, sino caos “en el que los individuos gravitan al azar como átomos dispersos”. Pero, además de ser desconfiado el mexicano es hiper susceptible y causa de ella, dice Samuel Ramos, “riñe constantemente”

Los ricos en esta óptica no eran muy diferentes al resto de los mexicanos porque: “En el fondo el mexicano burgués no difiere del mexicano proletario (...) La diferencia psíquica que separa a la clase elevada de los mexicanos de la clase inferior, radica en que los primeros disimulan de un modo completo sus sentimientos de menor valía...”. Con una sentencia más, Ramos concluye que los mexicanos en su conjunto “vive(n) encerrado(s) dentro de sí mismo(s), como una ostra en su concha, en actitud de desconfianza hacia los demás, rezumando malignidad, para que nadie se acerque. Es indiferente a los intereses de la colectividad y su acción es siempre de sentido individualista. Ramos”; (1987: 49-60).

Y, en efecto, las experiencias de las selecciones tricolores en los mundiales de 1930 a 1954 revelaron una total improvisación y desorganización que se reflejaron en los muchos goles en contra que se recibieron y los cero puntos en la tabla de clasificación. Pero, además, el juego de

conjunto era precario por un personalismo con la pelota no sostenido en la gran habilidad de los jugadores si no más bien por una mentalidad poco acostumbrada a la reciprocidad y a la cooperatividad.

El nacionalismo y el aporte de Jalisco al estilo mexicano.

3. Guadalajara, a principios del siglo XX, era la segunda ciudad más poblada del país, tal y como lo sigue siendo en los albores del XXI, pero no parecía vivir las circunstancias que hacían de los habitantes de las colonias proletarias de la capital nacional ser pendencieros y agresivos. Los jaliscienses, sin embargo, al igual que la mayoría de los mexicanos al final de la dictadura porfiriana, dejaron que las venas nacionalistas se hincharan contra los patrones y gerentes extranjeros que eran dueños de casi todas empresas relevantes que había en el país. El periodista deportivo *Fray Kempis*, quien llegara a ser el primer secretario del Club Guadalajara, dice en uno de sus artículos: “Eran los mexicanos ninguneados cuando pertenecían al Club Unión”, creado por el belga Everaert. Este resentimiento creado por la discriminación de los franceses que trabajaban en las empresas de Guadalajara, particularmente en la tienda departamental *Las Fábricas de Francia*, orilló a Gregorio y Rafael Orozco a separarse y crear un equipo formado exclusivamente por mexicanos que llamaron Club Guadalajara. Recuerda *Fray Kempis*: “Como la cosa había sido contra los franceses desde un principio se decidió que el club fuera de puros mexicanos”. (Bañuelos1998: 12). Del anterior club solo se conservaron los colores azul, rojo y blanco, que Everaert había copiado del Brujas, su equipo natal en Bélgica.

El nacionalismo de los Chivas, semejante al del Club México, ambos surgidos en los prolegómenos de la Revolución de 1910, no tenía el carácter peleonero que exhibían los jugadores de la capital de la república pero sí una consistencia sorprendente porque persistiría a lo largo de su historia, aun en la era de globalización. En esta etapa histórica en lugar de buscar los argumentos para deshacerse de su argumento nacionalista de origen, extiende su marca hacia el norte de la frontera buscando conquistar a los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles, California, a través del Chivas USA.

El Club Guadalajara no tan solo se convirtió en el símbolo nacionalista del fútbol mexicano en la capital de Jalisco sino, en décadas posteriores, en el símbolo del nacionalismo popular en el conjunto del país. Muy pronto, en 1910, el club que posteriormente adoptaría el complemento de Chivas a su nombre, atraería la simpatía de las clases populares porque sus jugadores, empleados de una fábrica, eran capaces de ganarle a un equipo, El Excelsior, donde jugaban los muchachos ricos de la ciudad. *Fray Kempis*, el primer cronista de las Chivas, describió este proceso en *La Gaceta de Guadalajara*:

“El equipo Excélsior era de los ricos. Toda la gente que iba a ver al Guadalajara iba a pie, pero los jugadores y algunos partidarios del Excélsior iban por la ciudad en un carronato tirado por cuatro caballos...y se sentían semidioses. Por eso cuando el Guadalajara...le propinó una goliza, todo el mundo se puso del lado de los rayados”.(Sotelo Montaña: 16)

Los marcados contrastes sociales de la sociedad mexicana y el sentimiento anti extranjero se habían agudizado con las políticas porfirianas que privilegiaban a los ciudadanos de los países europeos y Estados Unidos; no era gratuito, entonces, que el Guadalajara fuera un vehículo a través del cual se expresaran los sentimientos de las clases populares que padecían racismo, exclusión social y explotación económica. Además de ello, el estado de Jalisco, reunía una serie de características culturales que, en un escenario de creciente nacionalismo popular, amalgamó una simbología identificada con la Patria y el sentimiento popular. Las instituciones públicas surgidas de la Revolución, los sindicatos, las organizaciones campesinas y los intelectuales revolucionarios se encargaron de propagar a través de la educación pública, el cine, la radio y el muralismo, la música de mariachi, los corridos, la literatura y otras expresiones artísticas y propagandísticas de ese nacionalismo. El Club Guadalajara fue parte de la producción simbólica jalisciense, con la charrería, el tequila y su versión del mariachi, que contribuyó fuertemente a crear el imaginario de la mexicanidad postrevolucionaria que ha logrado sobrevivir aun en el siglo XXI.

El fútbol se arraigó en Guadalajara prácticamente sin discusión gracias al limitado gusto de sus habitantes por otros deportes colectivos, como el béisbol, básquetbol, fútbol americano y voleibol entre su población, a diferencia de otras ciudades grandes del país como el Distrito Federal y Monterrey, donde el béisbol y el fútbol americano tuvieron mayor acogida. Tal hecho, contribuyó a que se viera a Guadalajara como la gran cantera del fútbol mexicano y al “equipo que integra la diversidad regional de México”. Porque “el aficionado chiva está en todos lados...habita tanto en los barrios proletarios como en las zonas elegantes. El sentimiento chiva integra la ciudad...se extiende por todos los rincones del país...las Chivas del equipo Guadalajara son el centro de una gran hermandad futbolera que derrumba fronteras” (Fábregas, 2001:6).

En los años de apogeo del nacionalismo cultural mexicano, entre los años veinte y sesenta, aun con la creciente influencia estadounidense que se acentuó durante el gobierno de Miguel Alemán (1942-1948) la ciudad de Guadalajara en particular, fue una de las fuentes culturales consentidas de los intelectuales y dirigentes del Estado postrevolucionario. Esta circunstancia influyó para que el Club Guadalajara fuera considerado por aficionados de toda la república el más representativo del fútbol mexicano. Por si fuera poco, las Chivas al ganar 7 títulos de Primera División, 6 Campeón de Campeones, 1 Copa México y 1 Copa de campeones de la CONCACAF, entre 1956 y 1965,

además de ganarse el mote de El *Campeonísimo*, terminó de moldear su leyenda y raigambre a lo largo del territorio mexicano.

La tradición nacionalista del Guadalajara se hizo acta de fe a lo largo de las diferentes etapas de la historia del fútbol mexicano. Tanto en su surgimiento como en épocas posteriores cuando la mayoría de los equipos del país contrataron jugadores extranjeros, las Chivas se mantuvieron en su filosofía de origen: solo contar con jugadores mexicanos. En el siglo XXI, el Club Guadalajara preserva su mantra nacionalista.

El balompié que se practicaba en Guadalajara en los años veinte y treinta, reposado y alegre como sus habitantes, era considerado de calidad por los periodistas de la Ciudad de México, pero no tenía la solvencia del sudamericano. Escribía un cronista jalisciense, comparando al fútbol chileno con el tapatío, cuando los visitó el Colo Colo en 1927:

“Se observan jugadas nuevas y desconocidas para nuestros equiperos. Los visitantes dieron tales muestras de estar observando su dominio...que jugaron pasando para atrás, y hasta abandonaron la idea de acercarse a nuestro marco... (Pese a lo cual) llegaron a anotar tres puntos más” (citado por Bañuelos, 1999:21). En esos mismos años en la Ciudad de México el estilo jalisciense se veía como fino y efectivo, a tal grado que los mejores clubes de la capital, con más dinero e infraestructura, los buscaban para enriquecer sus filas.”...durante los años treinta muchos de los mejores jugadores de Jalisco se enrolaron en el fútbol capitalino – dice Sotelo Montaña (1999:22), aumentando notablemente su calidad...”. En 1932, siete de los jugadores del legendario “Once Hermanos del Necaxa”, con sede en la capital mexicana, eran de Guadalajara. El Necaxa se convirtió en el primer equipo de leyenda en el fútbol mexicano.

La idea de que Jalisco era una de las cunas simbólicas del nacionalismo cultural que había brotado con el régimen de la Revolución, fue reforzada con el estilo futbolístico jalisciense, que a decir del historiador Greco Sotelo Montaña, era “romántico y ranchero”, lo cual se embonaba con la persistencia del Club Guadalajara de jugar solo con mexicanos. La fama nacional del fútbol jalisciense empezó a esculpirse cuando se empezaron a jugar los primeros campeonatos nacionales con sede en la Ciudad de México, provocando la idolatría de las clases populares de la capital. El Distrito Federal, con su enorme influencia política, económica y cultural sobre el resto del país, propagó la calidad e imagen de los jugadores de Jalisco, a través de la radio y los periódicos que se distribuían en gran parte de la república. En 1941 un reportero deportivo capitalino describía ese sentimiento sin tapujos:

“Sólo viendo se puede dar uno cuenta de la idolatría que por el equipo Jalisco de Fútbol se tiene entre la afición capitalina. Con la victoria (sobre el Sucre Peruano) se consagra definitivamente Jalisco como conjunto taquillero”. (Sotelo: 1998:29)

El estilo jalisciense “ranchero y romántico”, aunque talentoso era ingenuo, en él “había más corazón que sistema- escribió el periodista Flavio Zavala Millet. Ese fútbol entusiasmaba por su entrega total y absoluta, por su codicia para perseguir el balón y no arredrarse ante nadie. Los vencía no el contrario, sino sus ansias de novilleros, que querían hacer la fiesta al toro de enfrente, pero el toro sabía más que ellos”. (Citado por Sotelo: 1998:32).

La influencia española en el estilo mexicano

4. A juzgar por los resultados a los primeros Juegos Olímpicos y Mundiales que asistió la Selección Mexicana, 1928 y 1930, donde se perdieron todos los encuentros, los jugadores mexicanos derrochaban ganas pero carecían de la fuerza y preparación atlética y técnica para derrotar a europeos y sudamericanos. La primera vez que una representación nacional obtuvo un empate en una justa mundial fue en 1958, en Suecia. Habían pasado largos 28 años, cuando se celebró el Mundial de Uruguay, para que los futbolistas mexicanos fueran capaces de igualar un encuentro con Gales y superar una cadena de derrotas de casi tres décadas.

Al igual que en otros países de América Latina, en México, además de los clubes ingleses que habían sembrado el fútbol en esta región, hubo otras comunidades de inmigrantes europeos de las que surgieron equipos legendarios como el España y el Asturias. El primero nació en 1912 en la Ciudad de México y sobrevivió hasta 1950. El segundo también desapareció en 1950 en medio de una atmósfera de chovinismo anti español que se mezclaba con el rechazo a la dictadura franquista que se había entronizado en España. El Club España, sostenido por ricos comerciantes e industriales, apoyaba a Francisco Franco, algo intolerable para los mexicanos identificados con el Presidente Lázaro Cárdenas y las clases populares.

Si bien la presencia de los clubes España y Asturias provocaban las reacciones nacionalistas de los jugadores y fanáticos mexicanos, los jugadores profesionales catalanes y vascos que llegaron a tierras aztecas durante la Guerra Civil española elevaron el nivel futbolístico de la liga profesional en el país. El historiador deportivo Carlos Calderón Cardoso, describe con precisión esta circunstancia:

“La calidad del fútbol mexicano aumentó considerablemente por aquellos años, con el ingreso a las filas del Asturias y del España de varios equiperos del Barcelona... (Por otra parte) en diciembre de 1937, la selección vasca solicitó su ingreso al fútbol mexicano...bajo el nombre de Euzkadi...El 18 de junio de 1939, la selección vasca jugó completa en México por última vez. Algunos de sus equiperos marcharon al fútbol argentino; otros permanecieron en México. Pero los que emigraron a Sudamérica regresaron pronto a tierras mexicanas, y lo mismo sucedió con muchos de los que

habían regresado a España al concluir la guerra. Algunos casados con mexicanas y con hijos nacidos en este país, catalanes y vascos encontraron en México una segunda patria, ofreciendo en pago la calidad de su fútbol”. (1998:29)

Fueron estos clubes de españoles radicados en México quienes, con su calidad y personalidad, “mayor impulso dieron al juego”, escribió Fernando Marcos, uno de los hombres con más conocimiento del fútbol que ha habido en México. “El Club España, que además de dominar el panorama futbolístico durante casi una década se encargó de sembrar la pasión por el fútbol en otras ciudades del país: Tampico, Puebla, Pachuca, Torreón...”, escribió el clásico cronista deportivo. (Citado por Bañuelos Rentería:1998: 9).

Con el Club España, sucedió lo que los creadores del fútbol asociación imaginaron en la Inglaterra de la Revolución Industrial para los jóvenes estudiantes y obreros: disciplinarlos y reorientarlos a una vida reglamentada, productiva y civilizada. Dice el historiador Bañuelos Rentería: “Para 1918 algunos reconocían que el ejemplo de los éxitos deportivos del equipo había influido en el cambio de hábito de los muchachos españoles, cuyos “espíritus maltrechos y envilecidos por las duras tablas del mostrador” obtenían con el deporte un estímulo positivo que los alejaba de “tabernas, prostíbulos, de plazas de toros y juegos de toda clase”. Ahora, decían, el centro de sus intereses era el campo de fútbol”. (1998; 19).

El estilo del Club España, a diferencia de los clubes ingleses, sí parece haber dejado una fuerte huella en el fútbol que se practicaba en el Distrito Federal. Con un físico y temperamento más cercano a los mexicanos, los jugadores hispanos contagiaron con su manera de interpretar el balompié por lo menos desde 1914 hasta 1940.

Este club que contribuyó como pocos a la popularidad del juego, de los años de la Revolución Mexicana (1910-1921) a los inicios de la Segunda Guerra Mundial, (1939-1942) practicaba “un fútbol simple, nada vistoso pero muy efectivo, basado en la fortaleza física y en la valentía para entrar a rematar los centros que enviaban los extremos...Intentaban pocas combinaciones y preferían el pelotazo al área enemiga; con ellos el balón permanecía poco tiempo pegado al pasto”. (Bañuelos: 1998: 21). La prensa capitalina de los años 1921-1922 decía que el Club España “jugaba feo pero ganaba” y que sus triunfos se los debían “al nervio de la raza, coraje y amor propio”, a la “furia española” se diría años después.

Este estilo, que incluso llegaba a la rudeza, como el que practicaba el Club México, en el cual jugaron los primeros cinco ibéricos que fundaron el Club España, contrastaba con la manera de jugar de los jaliscienses que tocaban más el balón al ras del suelo y gustaban de las combinaciones.

De alguna manera, el estilo mexicano que se va forjando en la primera mitad del siglo XX va a resultar de una mezcla del fútbol que enseñaban los españoles y el que practicaban los jaliscienses: empuje y entusiasmo, aunque sin el temperamento español, con toques cortos al balón y habilidad para sortear al rival, pero siempre con problemas en la definición frente al arco e inconsistencia psicológica en situaciones de alta presión.

La presencia y dominio de los clubes españoles en los campeonatos celebrados en la Ciudad de México servían como catalizador del nacionalismo que había tomado gran fuerza con el régimen que emanó de la Revolución Mexicana. A la vez que contribuían a popularizar el fútbol creaban un resentimiento nacionalista en las diferentes clases sociales porque ganaron nueve campeonatos entre 1912 y 1922 dejando sin oportunidad a los equipos formados con jugadores mexicanos.

No deja de ser interesante el percibir que el primer gran rival mexicano de los clubes españoles en la capital del país fuese el Club América, conjunto que brotó de las clases medias de la Ciudad de México y que empezó a enfrentar en igualdad de competencias a los jóvenes empleados de los comercios y fábricas españolas. A diferencia de lo que pasaba en Guadalajara, donde el equipo con este nombre, formado por empleados de bajos ingresos, fue visto por las clases proletarias de la ciudad como su representación imaginaria en el deporte, en la Ciudad de México el Club América se hizo popular por su capacidad de desafiar a los equipos españoles, y por lo tanto de acerar el orgullo nacional, y no por la condición social de sus jugadores, que era privilegiada. Los primeros jugadores del América, fundado en 1916, provenían de las instituciones privadas Colegio Francés y Cristóbal Colón. El Club América fue campeón sin tregua cuatro años, empezando en la temporada 1924-1925, lo cual le concedió una gran popularidad creando la primera gran rivalidad del fútbol mexicano: España contra América. Los estadios se vieron colmados por la rivalidad deportiva azuzada, sin duda, por antagonismos de larga historia, nacidos durante la colonia, que se habían recrudecido durante el porfiriato. Una de las luchas precursoras de la Revolución Mexicana fue la huelga de Río Blanco, en Orizaba, Veracruz, una de las cunas del fútbol mexicano, cuando en 1907, los obreros estallaron una huelga que se convirtió en una rebelión contra los propietarios españoles de la fábrica textil más grande el país.

Con el primer gobierno del Estado revolucionario, el nacionalismo se exacerbó contra los inmigrantes establecidos en México. Quienes más lo padecieron fueron los chinos porque sufrieron discriminación, persecuciones y linchamientos. Los españoles por lo general vivían una situación privilegiada porque la mayoría tenía negocios o laboraba con sus paisanos, pero no dejaban de ser el blanco principal de las descargas simbólicas del nacionalismo popular. Un ejemplo, de esto último sucedió en 1921, cuando, bajo el gobierno del General Álvaro Obregón, se celebraron las fiestas del primer centenario de la consumación de la Independencia con múltiples actividades; una

de ellas fue la organización de un torneo de fútbol en el que participaban por primera vez equipos de diferentes partes del país: Jalisco, Veracruz, Hidalgo y la Ciudad de México, los espacios donde ya se había asentado el deporte inglés. El día del partido final, que jugaron los clubes Asturias y España, el viejo grito independentista que lanzara el cura Miguel Hidalgo: “¡Que mueran los gachupines”!, tronó en la tribuna de sol, donde se aposentaban los aficionados de menores recursos “que se llevaban a su vitrina la copa que festejaba el Centenario de la consumación de la Independencia de México”. (Bañuelos: 1998:35). Casi veinte años después, en 1939, la inquina contra los españoles franquistas se había acentuado entre los sectores sociales afines al Presidente Lázaro Cárdenas una vez que los republicanos fueron derrotados por los falangistas en la Guerra Civil española. “Consumada la derrota de los republicanos (Calderón: 2000:23), el Casino español fue atacado por un grupo de personas que, dijeron, rechazaban la presencia de un club en cuyas instalaciones colgaba una fotografía de Franco. En contraste, la selección de fútbol vasca, quien se encontraba en México cuando la república española fue derrotada y se negó a retornar a la España franquista, fue bien recibida e incorporada a la Liga Mayor con el nombre de Euzkadi. Sin embargo, doce años después, en 1949, el Asturias, cuyos directivos se identificaban con el dictador Francisco Franco, presentó su retiro de la Liga Mayor ante la censura que le habían impuesto directivos nacionalistas, uno de los cuales les dijo a los asturianos: “En el ámbito nacional no tienen porque opinar los gachupines”. El rechazo a los españoles franquistas se extremó cuando el 31 de marzo el Casino Español fue atacado por simpatizantes de los españoles republicanos y, dos días antes el Parque Asturias, de un equipo también identificado con Franco, fue incendiado después de una fenomenal bronca entre el Necaxa y el Asturias. Nunca se descartó que el incendio haya sido obra del sentimiento antifranquista que dominaba entre muchos mexicanos.

Era tal el nacionalismo de esa etapa histórica que los mexicanos que emigraban eran vistos como traidores a la patria. No tan solo los braceros que se iban a Estados Unidos eran considerados desenraizados o pochos (la palabra “pochos” quiere decir justamente “sin raíces”) sino también los que se dirigían a España, como el jugador José Luís Borbolla que a mediados de los cuarenta se fue a jugar con el Real Madrid pero cuando volvió a México, después de un año, fue abucheado por el público que no le perdonaba su “desliz español”. (Calderón: 2000:27). Sin embargo, cuando en 1940 Luís “Tití” García, un gran centro delantero se fue a jugar a Argentina, y el legendario Luís “Pirata” Fuente hizo lo propio, al enrolarse con el Vélez Sarfield, los aficionados mexicanos no los vieron mal. El nacionalismo se definía fundamentalmente frente a Estados Unidos y España.

Las diferencias nacionalistas no se limitaban a las que estallaban entre mexicanos y españoles, sino también a las que ya se manifestaban desde ante entre los mismos miembros del Estado Español, como las que se conocían entre asturianos e ibéricos de otra comunidad. Los asturianos, dice

Bañuelos Rentaría, constituían la mitad de los residentes españoles en la Ciudad de México, pero no tenían un equipo de fútbol propio. En la temporada 1919-1920 fueron admitidos en la Liga Mexicana, a pesar de la oposición del Club España. Con el objetivo de convertirse en el mejor equipo de fútbol del país y, de paso derrotar al España, el Asturias contrató al entrenador galés Gerald Brown quién logró dotar a su nuevo club con las características clásicas del balompié británico, según nos dice Bañuelos:

“Fútbol nuevo, de fulminantes combinaciones, calificado de matemático y científico, en el que las cargas violentas no existían, ni tampoco los pelotazos sin más”.

Este estilo dejó algunas enseñanzas en la Ciudad de México porque se adquirió más orden en la cancha, a pesar de que la presencia de Brown no fue prolongada, y de que el juego sin choque no embonaba muy bien con la idiosincrasia de los jugadores mexicanos. Donde el estilo británico sí tuvo secuelas más visibles y perdurables fue en Guadalajara, pero no mediante jugadores procedentes de Inglaterra sino de jóvenes jaliscienses que habían estudiado en los colegios católicos Saint Aloysius y Saint John's. Estos muchachos, hijos de familias adineradas de Guadalajara, crearon el Club Atlas imprimiéndole a su juego una técnica más depurada, la cual habían aprendido en la misma cuna del fútbol.

“Cuando enfrentaban a los equipos locales (Bañuelos: 1998:33) resaltaba la superioridad de su juego basado en rápidas triangulaciones y su habilidad para eludir las cargas. Además, mientras sus contrincantes solo sabían pegarle al balón con la punta del pie, es decir, de “punterazo” o “puñalada”, ellos utilizaban el empeine para darle efecto a la trayectoria de la bola”.

La escuela jalisciense de fútbol que encantó a los aficionados de la capital de la república tenía que ver con la técnica más depurada que exhibían los jugadores del Atlas y que luego se extendió a otros clubes de Guadalajara. Su mayor refinamiento le valió el calificativo de “académico” que contrastaba con el juego áspero que exhibían la mayoría de los clubes en otras entidades del país.

El estilo jalisciense empezó a influir en la Ciudad de México, cuando casi la mitad de los jugadores de la selección del estado fueron contratados en 1929 para irse a jugar el Marte, un nuevo equipo capitalino, y posteriormente al Necaxa de “los once hermanos”.

Si bien no fue la escuela inglesa la que contagió de lleno al fútbol mexicano, la escocesa sí pareció dejar una impronta de mayor duración a través de Alfred C. Crowle, ex jugador del Pachuca y quien fue contratado por el Club Necaxa. Crowle introdujo en México el sistema “del pase corto, corto, rápido y pegado al pasto”, que se arraigó profundamente en el país a partir de entonces. “El mismo Crowle pensaba que esa técnica, derivada de la escuela escocesa, era la que mejor se adaptaba al temperamento del futbolista nacional”. (Bañuelos: 1998:37) Nadie tuvo jamás más razón que Crowle.

En efecto, por muchos años, el paso corto, raso y al pié, fue una característica del fútbol mexicano ¿Pero por qué esta técnica se adaptaba mejor al temperamento nacional; por qué el estilo escocés, caracterizado por un juego de pases cortos con muchas combinaciones, que se diferenciaba del inglés, más simple y directo y haciendo circular el balón por lo alto, fue adoptada ampliamente en México?

Quizá la personalidad mexicana del altiplano del país, barroca, con muchos recovecos y, por lo tanto, poco directa, según la definieron Ramos, Paz y muchos otros observadores en esos mismos años, que dominaba en el fútbol y en muchos otros escenarios culturales y sociales de lo mexicano, se avenía mejor con un estilo imbricado y de calles muy curvadas y estrechas.

A las características del estilo escocés que asimiló el Necaxa y que fueron también adoptadas por otros clubes en los años veinte, se asociaron las del Atlante, el primer club de barriada de la Ciudad de México. Este club, surgió en 1916 de la inspiración de Trinidad Martínez, un joven obrero que con sus amigos llevó al fútbol la psicología popular, en la que se incluían la improvisación, el azar, el empuje, la dureza del choque, el coraje. Nuevamente recurrimos a Bañuelos Rentería (1998:45) para dejar clara esta idea:

“No importaba el rival, el fútbol del Atlante siempre sabía a llano. Para los atlantistas no había esquemas ni tácticas o estrategias; cada domingo inventaban un nuevo equipo valiéndose de la sensibilidad, la intuición y destreza técnica de sus jugadores. El buen aficionado lo sabía: con ellos alineaba el azar y lo impensable”.

Los primeros atlantistas, dicen sus historiadores, no gustaban del entrenamiento; pensaban que lo que habían aprendido en los llanos era suficiente para jugar fútbol. Después de los partidos se iban a festejar con cerveza y baile. Para ellos, la disciplina se quedaba en la fábrica. El fútbol era para divertirse y celebrarlo. En el trabajo se quedaban los movimientos rutinarios. En el fútbol se improvisaba, se inventaba y recreaba. El fútbol para el Atlante era un juego.

El fútbol visto como una diversión, la cual había que prolongar con licor, comida, mujeres y baile después de los triunfos, no era concepción exclusiva del Atlante. En 1934, cuando la Selección Mexicana se dirigía a Italia para participar en el II Campeonato Mundial de Fútbol los jugadores se entregaron a la juerga, y en tierras italianas “por la mañana entrenaban un poco; por la tarde, los paseos eran obligatorios y en la noche había que visitar los centros de diversión...” (Calderón Cardoso: 2000:17). Resultado: México fue derrotado 4 a 2 por Estados Unidos en el último juego de la eliminatoria.

El profesionalismo todavía no surgía en el fútbol mexicano. Pero, si en 1934 no se entendía lo que era el profesionalismo, en 1950, seguía sin entenderse. La Selección Mexicana que asistió al Mundial de 1950, en Brasil, tuvo una preparación de escasos quince días. La improvisación era tal que el

periódico *El Nacional* clamaba: “Nuestra selección perdió (en un juego de práctica ante el brasileño Botafogo) y no debe ir a Brasil. Nada más van a poner en ridículo el nombre de México”. (Sotelo: 1998:13).

El Estado, la lucha de clases y el nacionalismo en la personalidad del futbolista mexicano.

5. El triunfo de la Revolución hizo que la imagen de la Patria se identificara con las clases populares y sus características culturales y físicas dominantes. En todos los ámbitos se fueron incorporando gustos, propuestas, rasgos y definiciones que brotaban de las clases populares o que se identificaban con ellas.

Aun antes del triunfo de la revolución, artistas como el compositor Manuel M. Ponce, el pintor Saturnino Herrán, el grabador José Guadalupe Posada, el poeta Ramón López Velarde, entre los más relevantes, contribuyeron a definir la nueva idea e imagen de la nación. Al triunfo del movimiento armado, los nuevos grupos en el poder profundizan la construcción que ya procedía desde dentro y fuera del porfiriato. En 1913, Manuel M. Ponce, propone, por ejemplo, la “formación del alma nacional”, con la fusión de melodías populares y la música culta. José Guadalupe Posadas, escribe Enrique Florescano (2005:257) “abrevó en la fascinación de los personajes populares iniciada en el Virreinato y su genio tuvo la virtud de hacerlos figuras sustantivas del escenario nacional”. Ramón López Velarde, uno de los poetas más celebrados en la historia mexicana, se sumaba a la reinterpretación de la imagen patria:

“No somos ni hispanos ni aborígenes (...) En consecuencia los vagidos populares del arte, y aun del arte formal, cuando se anima de una pretensión nacionalista, deben contener no lo cobrizo ni lo rubio, sino este café con leche que no tiñe”. (Citado por Florescano, 2005:265).

Esta reconstrucción de la identidad nacional que hacían los poetas, artistas e intelectuales se extendía a los espacios populares donde ya, de por sí, había una recreación espontánea de la idea nacional en medio de discriminaciones, exclusiones y marginaciones sociales por parte de los europeos y estadounidenses, generalmente situados en posiciones de privilegio ante las clases sociales menos favorecidas del país. Pero la revolución hecha por campesinos, obreros y trabajadores poco calificados, al menos en el discurso cultural e ideológico del nuevo poder político, abrió espacios de reconocimiento para ellos. El fútbol no estuvo exento de esta nueva atmósfera y encontró, en Guadalajara, con las Chivas, y en la Ciudad de México, con el Atlante, los símbolos nacionalistas y populares del deporte de masas, utilizados por la nueva clase política. Dice Bañuelos Rentería:

“El fútbol, pero sobre todo el buen éxito de equipos como Atlante, formados por jóvenes provenientes de los estratos más bajos de la sociedad, le venía bien al discurso de los gobiernos

revolucionarios supuestamente comprometidos con la redención de las clases trabajadoras. Por eso el periódico del gobierno presentaba a los futbolistas morenos como la expresión de “una juventud nacida y criada al calor de una revolución reivindicadora y sacrosanta” (1998:65).

Con el nacionalismo revolucionario, las clases proletarias y la cultura popular encontraron escenarios que antes les fueron negados por las clases altas y el Estado. Fue en este nuevo contexto, que el Atlante adquirió una enorme popularidad y a través de él las clases subalternas de la Ciudad de México se atrevieron a desafiar a las clases medias y altas representadas por los clubes España, Asturias y América. Escribió Carlos Chávez Landeros,(1965:65) en uno de los primeros libros que hablan del fútbol mexicano:

“¡Retar a los presumidos del España! ¡Verse contra los pavos reales del Asturias! ¡Disputarle el triunfo a los niños bonitos del América! ¿Por qué no, siendo la bola redonda, teniendo cada equipo once hombres, y cada hombre dos piernas? ¿O iban a ser distintos aquéllos, porque su cabellera era rubia, sus ojos azules y su piel blanca?”

“Para construir casas, curar enfermos y saber leyes, sí eran superiores por sus estudios, pero en el fútbol...¿no podían imponerse los prietos? Para el deporte se necesita coraje y juventud, espíritu de lucha y amor a la camiseta, condición física y determinación de triunfo, salud y voluntad. Estos eran sus atributos aunque no tuviesen cultura, aunque muchos de ellos apenas supieran leer y escribir, aunque algunos eran analfabetas...”

Chávez Landeros refleja con claridad los complejos raciales de muchos mexicanos mestizos e indígenas hacia las personas de origen europeo que sobrevivían en el siglo XX que, sin embargo, trataban de ser combatidos con un discurso reivindicador de lo indígena. De igual manera, las profundas desigualdades que se habían heredado del pasado y que la revolución mexicana no había podido superar, por lo menos podían borrarse, con las victorias atlantistas, a lo largo de noventa minutos cada ocho días en los campos de fútbol.

El régimen de la revolución pronto encontró el uso político e ideológico del deporte, tal y como lo harían poco después sistemas totalitarios o democráticos, como los nazis en Alemania o los republicanos y demócratas en Estados Unidos, pero mientras en Alemania se exaltaba a la raza aria como superior e invencible y en Estados Unidos se presumía una igualdad social de las razas que en realidad no existía, en México se elevaba simbólicamente a la población indígena como pilar de la nacionalidad cuando en la vida cotidiana se le seguía discriminando. Después de que el antropólogo Manuel Gamio propuso al indigenismo como una política de Estado, los gobiernos revolucionarios impulsaron una serie de programas y acciones propagandísticas en las que la población indígena jugaba un papel central. Una de esas acciones iniciales fue la realización, en 1926, de la *Carrera Tarahumara* en la que tres corredores de esa etnia trotaron sin parar largos cien

kilómetros de la ciudad de Pachuca a la Ciudad de México para demostrar la capacidad atlética de los indígenas mexicanos y convertirlos en símbolos del nuevo nacionalismo. “Los corredores tarahumaras servían como iconos de los esfuerzos de México para construir una cultura nacional post revolucionaria”, dice el historiador estadounidense Mark Dryson (2007:22).

A pesar de que la discriminación de las clases medias y altas continuaba, los “prietitos” del Atlante, indígenas o mestizos urbanos, debido a su gran popularidad deportiva, al igual que los maratonistas tarahumaras, eran utilizados por los gobernantes para hacerse de legitimidad entre las clases proletarias de la capital y de otras partes del país. Pero, no tan solo el Estado empleaba políticamente los éxitos del Atlante y los asociaba a una especie de indígenas redimidos, si no que también la prensa los veía como ejemplo revalorizado de la nueva “esencia mexicana” porque otros equipos más técnicos y refinados como el Necaxa, no podían con los “prietitos” del Atlante porque a aquellos les “faltaba la fibra que solo el pulque y el chile daban” y que el Atlante tenía de sobra. Esta frase que apareció en un periódico mexicano en 1933 fue a raíz del triunfo del Atlante sobre el Necaxa, una vez que se reinició la Liga Mayor de fútbol en México.

Así fuese simbólica y efímeramente, los “prietos” del Atlante, representantes de las clases proletarias, celebraban su reivindicación cuando triunfaban sobre el Club España, el Asturias, el América y el Necaxa.

Si bien los ingleses fueron quienes sembraron el fútbol en México, como en casi todo el continente americano, los españoles fueron sus más entusiastas y mejores propagadores en la tierra del nopal y la tortilla de maíz. Los clubes España, Asturias y Euzkadi durante casi un siglo animaron el fútbol mexicano con la característica de que buscaban preservar su origen e identidad nacionales con alineaciones casi exclusivamente ibéricas. Pocos mexicanos jugaban en sus filas.

La presencia de jugadores extranjeros continuó aun en el periodo de máximo nacionalismo con la diferencia de que, a partir de 1943 no eran españoles residentes en México, sino argentinos y otros sudamericanos que se importaban directamente del cono sur. Con la expansión del fútbol profesional en 1945 los clubes de Veracruz, Puebla, León, Atlas y Guadalajara fueron incorporados a la Liga Mayor.

La participación de extranjeros se detuvo en 1943 porque los directivos percibieron que el fútbol mexicano no tendría ninguna posibilidad de éxitos internacionales si no establecían límites a la importación de jugadores. Tanto la visita de equipos europeos como sudamericanos decían claramente que el balompié nacional tenía mucho que aprender, y para eso los jugadores mexicanos deberían tener más oportunidades.

Así como los mexicanos nos hemos preguntado, por lo menos desde el siglo XIX, ¿de dónde venimos, cómo somos, qué queremos, hacia dónde vamos?, periodistas, aficionados, jugadores y

entrenadores de fútbol se empezaron a preguntar desde los mismos inicios de este deporte en México ¿cómo jugamos, qué estilo tenemos, qué calidad tenemos, qué tan competitivos somos a nivel internacional, cómo nos ven el extranjero?

Los intentos de respuesta a ambos campos de preguntas han sido abundantes y diversos, y de alguna manera tienen un mismo origen: una profunda insatisfacción de lo que somos.

Si en 1950 Octavio Paz dio a conocer en *El Laberinto de la Soledad*, una de las interpretaciones más polémicas sobre la condición mexicana, veinte años después Manuel Seyde escribió su equivalente para el fútbol mexicano, al que llamó *La fiesta del alarido*. En una síntesis que hace de él, Greco Sotelo (1998:15) dice:

“El fútbol nacional, como la cultura misma de nuestro país, autocelebratoria en sus ínfimos triunfos y autodestructiva tras sus más comunes decepciones, ha estado pendiente de todos los espejos y atenazada por sus inseguridades. A la espera de que, por fin, la certidumbre de lo que se es despeje la falacia de tantas imágenes contradictorias”.

“Dividida nuestra admiración entre el glamur sudamericano, con su gambeta y su alta densidad creativa, y la frontalidad, precisión y rapidez de los europeos, los mexicanos se preguntaron en muchas ocasiones cuál era el estilo futbolístico de la tierra azteca”.

“En los comentarios, artículos y narraciones de los años cincuenta y sesenta los datos sobresalientes: un juego relativamente ordenado, de pasos cortos y al pie, pero falto de imaginación para destroncar a los defensas rivales, y de profundidad en sus avances, todo coronado con una increíble habilidad para fallar ante la meta enemiga”.

Seyde y Sotelo, no eran los únicos que veían la poca eficacia del fútbol mexicano. En 1961, cuando Pelé daba sus primeros pasos en la alfombra de la celebridad y visitó México, decía del fútbol que se practicaba en este país:

“Me ha impresionado su sentido para llevar el balón hasta el área, como lo hacen en pocos países, pero desgraciadamente – cosa que no solo digo yo, sino que he escuchado en muchas partes- carecen de efectividad”. (citado por Sotelo:1998:14).

Una de las características culturales de los primeros futbolistas mexicanos que salieron al extranjero en los años treinta que se prolonga hasta los años ochenta, cuando Hugo Sánchez incursiona exitosamente en España e inicia una nueva era, es su rápido regreso al terruño. Con pena o gloria pero todos, aun siendo pocos, retornan al hogar a escasos meses de haber partido.

Las giras de la Selección Mexicana a Europa y Sudamérica en esos mismos años confirmaban una especie de estado de ánimo colectivo del jugador mexicano en relación a su familia y cultura nacional. Manuel Seyde, el periodista deportivo que más hondo vio en la psicología del futbolista

mexicano en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta, escribió una anécdota reveladora que sucedió durante el Mundial de Suiza en 1954:

“Recuerdo que en Nyon, una pequeña ciudad de Suiza sobre el lago Ginebra, en donde el equipo nacional estaba acuartelado...una tarde un futbolista mexicano me dijo, en una explosión, como si dejara salir una confesión que ya no soportaba: ‘Estoy hasta aquí de puras escalopas, leche, mantequilla. Tengo muchas ganas de unas albóndigas de puerco como esas que hace mi mamá’. Y los ojos se le alumbraron”.

Esta sincera confesión revelaba un estado de ánimo que no era exclusivo de ese jugador sino que parecía ser compartido por varios más de ese grupo y de otras selecciones, tal y como lo reveló el jugador José “Jamaicón” Villegas en 1958, durante una gira a Europa, previa al Mundial de Suecia. Casi un mes después de recorrer el Viejo Continente, estando en Portugal, durante una cena, el entrenador Ignacio “Nacho” Trelles, una leyenda del fútbol mexicano, encontró al “Jamaicón” meditabundo al pie de un árbol, lejos del comedor. Le preguntó qué si ya había cenado y qué hacía solo afuera. Quien fuera un excelente defensa lateral de las “Chivas” del Guadalajara le respondió con una nostalgia y pesadumbre históricas que han pasado a conocerse en la historia del fútbol mexicano como *el Síndrome del Jamaicón*:

“ ¡Cómo voy a cenar si tienen preparada una cena de rotos. ¡Yo lo que quiero son mis chalupas, unos buenos sopes o un pozole, y no esas porquerías que ni de México son!”

El *síndrome del Jamaicón* se adoptó en los medios periodísticos y futbolísticos nacionales como la tesis que explicaría los fracasos de la selección mexicana en las competencias internacionales. El *Jamaicón* sería el prototipo del jugador mexicano que lejos de su ethos pierde carácter, convicción e interés por el fútbol. Lo asalta la inseguridad, la nostalgia y el deseo de retornar al vientre materno donde se siente protegido.

Al margen de la ausencia de efectividad frente al arco y la poca precisión en la entrega del balón al compañero de equipo, como características técnicas prototípicas de los futbolistas mexicanos de la primera mitad del siglo XX, se insistía mucho en su débil personalidad, sobre todo al salir del país, tal y como lo representaba paradigmáticamente el *Jamaicón*.

Los mexicanos en las Copas Mundiales y los cambios en su personalidad futbolística

6. Aunque en 1962 el fútbol mexicano ya obtiene sus primeras victorias internacionales relevantes con el triunfo de la selección en el Mundial de Chile sobre Checoslovaquia, que a la postre sería subcampeona, sus críticos, como Manuel Seyde, lo seguían viendo con muchas carencias, entre ellas

la de profesionalismo. En una de sus columnas, dijo contundente este clásico del periodismo deportivo en México:

“El profesionalismo del fútbol mexicano es una charada. Como en casi todos los niveles de nuestra vida nacional, este trabajador también se esconde, se reserva, no se entrega plenamente...Su irresponsabilidad es su armadura. Él no está preparado ni física ni mentalmente para ser profesional del fútbol pero, en medio de la desorganización, cobra como tal, suena su nombre y al iniciarse cada temporada pide aumento de sueldo”. (Citado por Sotelo: 1998:23).

Quizá la opinión de Seyde era excesiva, al menos cuando critica la falta de profesionalismo de los jugadores pero sí, por lo menos hasta 1962, varias de sus figuras no lo eran en el sentido de dedicarse exclusivamente al deporte porque jugadores de la selección mexicana, como Alfredo del Águila o Pedro Nájera, desempeñaban otros trabajos, por cierto muy humildes (Sotelo: 1998:23).

Esta falta de profesionalismo a la que se veían obligados muchos futbolistas porque desempeñaban otros oficios para sobrevivir, se manifestó en toda su magnitud cuando la Selección Mexicana emprendió una gira por Europa en 1969, previa al primer mundial que se jugara en México. La representación nacional perdió cuatro juegos, empató dos y triunfó en uno. Anotó cuatro goles en siete partidos y ante de hacerlo por primera vez se pasó 450 minutos en blanco. (Sotelo: 1998:35).

A pesar de las opiniones de Seyde y de muchos críticos más, puede afirmarse que el Mundial de Chile en 1962, aun con fracasos posteriores como el de la gira de 1969, fue el inicio de una nueva etapa en la historia del fútbol mexicano, aunque no en línea ascendente, porque ya aparecieron los triunfos en las copas del mundo y las derrotas fueron menos aplastantes. En términos estrictamente estadísticos, los resultados arrojaban menos números rojos que en las décadas anteriores.

A nivel de Norte y Centroamérica y El Caribe, México desde los años veinte había establecido su hegemonía. En el Mundial de Inglaterra, en 1966, México no ganó un juego pero empató a uno con Francia y a cero con Uruguay. Ante Francia, México había perdido cuatro a uno en el Mundial de Uruguay en 1930 y tres a dos en Suiza, en 1954.

En el Mundial de Chile, después de perder angustiosamente ante España en el último minuto del juego, el historiador Greco Sotelo considera que se dio la ruptura con una mentalidad conformista:

“Tras ese encuentro, lo que normalmente era respeto y desorientación ante los rivales, se convirtió en rabia y hambre de victoria. Y lo lograron, frente al que resultaría subcampeón del torneo, Checoslovaquia”. Lo sorprendente es que a pesar de que en Chile se obtuvo el primer triunfo en una Copa Mundial no se celebró tan eufóricamente como el empate en Suecia, escasos cuatro años antes. Quizá no hubo festejo al regreso de Chile porque la derrota ante España, en el último minuto de juego, con la cual México quedaba eliminado, fue tan dolorosa para los aficionados que amargó

el gusto por la primera victoria en un mundial. Fernando Marcos, quien fuese efímeramente entrenador de la Selección Mexicana en 1959, y narrador para la televisión del mundial chileno, al ver que los españoles metían el balón en las redes después de acariciar un empate con el que se mantenían las esperanzas de calificar a la siguiente ronda, exclamó: “¡Por qué siempre nos pasa esto!”. Marcos, sintetizaba, fatalista, que México no podía ser ganador, como muchos intelectuales y aficionados mexicanos sostienen reiteradamente.¹

Se habían acumulado tantas derrotas a lo largo de casi tres décadas de participación en las copas mundiales que, como una descarga de desagravio emotivo, cuando se obtuvo el primer empate ante Gales, durante el mundial de Suecia en 1958, a Jaime Belmonte, anotador del gol del empate, se le cargó en hombros cuando descendió del avión que lo trajo de regreso a México y un periodista propuso que se construyera una estatua del jugador en el Zócalo de la Ciudad de México. Las ansias de triunfo ante los europeos, empujaban a celebrar como tal al empate. Las victorias ante los centroamericanos, caribeños, canadienses y estadounidenses eran bien recibidas pero se veían como naturales. Acercarse a los europeos, brasileños, argentinos o uruguayos, significaba que los mexicanos estaban progresando en fútbol, y de alguna manera esa idea se trasladaba a otros territorios del inconsciente, donde se albergaba el deseo de ser un país reconocido por los ricos y poderosos, tal y como se deseaba desde la primera generación de intelectuales y políticos liberales en la segunda mitad del siglo XIX.

No deja de ser paradójico que el deseo irreprimible de tener una selección nacional ganadora fuera negado cuando ésta aparece por primera vez en 1959. Ese año, el conjunto mexicano pisó el césped 13 veces en juegos amistosos y oficiales bajo la batuta de Fernando Marcos, cosechando uno de los triunfos más importantes hasta entonces obtenidos cuando le ganó dos a uno a Inglaterra en la Ciudad de México, pero la prensa deportiva no gustaba de la personalidad de Marcos y propició la renuncia del exitoso entrenador. La subjetividad de la prensa sepultaba la objetividad de los resultados, poniendo la personalidad de un individuo por encima del hecho irrefutable de que por primera vez México acariciaba consistentemente el amielado sabor de la victoria.

¹ Los libros que hablan del mexicano derrotista, evasivo, mentiroso y otras conductas negativas es abundante. Uno de ellos con el título de *El mexicano y otros problemas*, del dibujante Abel Quezada, dice en la introducción. “¿El mexicano como problema tiene solución? Esta pregunta se la han hecho Samuel Ramos, Santiago Ramírez, Octavio Paz, entre otros, aunque ninguno tiene respuesta. El mexicano es un ser tan misterioso que ha logrado burlar toda pesquisa”. (1976:8). A es libro se le agregan entre cientos más: “El Mexicano Psicología de sus Destructividad” (González Pineda, 1961), “El Mexicano. Su dinámica psicosocial (González Pineda, 1959), “El Mexicano, psicología de sus motivaciones”, (Ramírez, 2002), “Estudios de Psicología del Mexicano”, (Díaz Guerrero, 1967), “El Mexicano y los siete pecados capitales”, (Peñalosa, 1972), “El Mexicano bajo su sombrero”, (DÉgremy, 1986), “México y sus mexicanos”, (Mason, 1990), “El Mexicano P...”, (Molina Aznar, 1974), “El Mexicano, ciudadano de quinta”, (Monroy Rivera, 1969), “México en el extranjero, (Luquín, 1961), “Alquimia y Mito del Mexicano”, (Aceves, 2000), “Anatomía del Mexicano”, (Bartra, 2002), etc.

Aunque las victorias sobre las selecciones de países ricos como Estados Unidos y Canadá eran frecuentes no dejaban la sensación de poderío y tuteo con lo mejor porque futbolísticamente esos dos países no tenían ningún reconocimiento en los escenarios mundiales.

Por lo menos con la selección de 1962, que tenía como base a los jugadores de las “Chivas” del Guadalajara, se había mostrado un carácter más firme y una estrategia más ordenada en el juego. Dentro y fuera de la cancha los jugadores habían demostrado disciplina profesional. Cuatro años después, en Inglaterra, la selección logró empates con países de prosapia futbolística confirmando lo obtenido en Chile. Los franceses e ingleses antes de que se iniciara la copa habían hecho declaraciones agresivas y discriminatorias contra los mexicanos. Alf Ramsey, el director técnico de los británicos, había dicho que los jugadores de México eran “unos verdaderos salvajes”. A partir de 1962 se había demostrado que los jugadores mexicanos ya podían disputar la pelota sin complejos con los mejores equipos del mundo. La era de las derrotas inevitables había quedado atrás, y ahora ya se podía hablar también de empates y victorias; así que en términos futbolísticos los mexicanos no eran primitivos como si lo fueron hasta los años cincuenta. Los ingleses en Wembley, su estadio emblemático, solo alojaron dos veces la pelota en las redes tricolores. Los ocho que habían incrustado en 1959 a la meta mexicana, y que quizá le habían dado los argumentos a Ramsey, eran prehistoria.

Dos años después, aunque en los Juegos Olímpicos el desempeño de la Selección Mexicana supo a bebida amarga, otro conjunto de mayores de 23 años, obtuvo dos triunfos resonantes que confirmaban el arribo de una nueva generación de futbolistas con más seguridad, mayor capacidad física y mejor desempeño técnico. México le ganó a Brasil 2 a 1 en el estadio Azteca y con el mismo marcador salió airoso del Maracanã. “Nadie lo podía creer – escribe Calderón Cardoso. En nuestro país, los seguidores de la Selección, locos de la emoción, abandonaron sus actividades para salir a las calles a festejar. Era la locura. Era también la primera vez que el Ángel de la Independencia se poblaba de aficionados. La ocasión, sin lugar a dudas, lo ameritaba. Se había ganado a Brasil el rey del fútbol: no era cosa de todos los días”.

Ganarle a Brasil en su cancha ya codificaba otro lenguaje psicológico, técnico y táctico de los jugadores mexicanos. Ya sabían resistir presiones de públicos extraños y hostiles, habían aprendidos secretos más finos del golpeo a la pelota y de movimientos más variados y sutiles del cuerpo en la cancha, así como asimilado la idea de la organización, la disciplina, el trabajo de conjunto y el papel de las individualidades en él, así como desarrollado una idea más acabada de la táctica y la estrategia.

Los futbolistas, y en general los deportistas mexicanos, parecían sentirse, después de los Juegos Olímpicos de 1968, más confiados que en el pasado. La sola realización de los juegos había hecho

creer a muchos mexicanos que el país ya había dado un salto importante en su desarrollo; pero además de ello, las nueve medallas que obtuvieron los deportistas mexicanos en la olimpiada, tres de oro, tres de plata y tres de bronce, la cosecha que jamás haya obtenido una delegación deportiva mexicana en una competencia olímpica, había elevado la autoestima deportiva en el país.

El autoritarismo del gobierno encabezado por Gustavo Díaz Ordaz y la represión sobre el Movimiento Estudiantil, que culminó con la Matanza de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, buscaban cancelar toda manifestación pública que demandara la democratización del país, pero toleraban y, de hecho, alentaban otro tipo de manifestaciones públicas de la juventud, ya sea para alejarlos de las preocupaciones políticas, ocultar la represión y/o demostrar que sí había libertades civiles. Es en este contexto, a escasos 29 días de la muerte de cientos de estudiantes en Tlatelolco, que de manera espontánea o inducida, miles de mexicanos volvieron a salir a la calle, pero ahora para celebrar el primer triunfo futbolístico sobre Brasil, la gran potencia mundial de ese deporte.

Desde esa fecha, y a partir de esa victoria, cualquier otro triunfo de la Selección Mexicana que los aficionados consideraran relevante fue celebrado al pié del monumento patrio más importante del país. Ningún otro símbolo monumental representaba a la patria, no tan solo en la capital sino en el conjunto del territorio nacional, que el Ángel de la Independencia. Para los aficionados al fútbol, los cuales ya sumaban millones en la república, los triunfos relevantes de la selección, históricos en el contexto deportivo, eran los triunfos de la patria. Así se indujo por el gobierno y los medios adictos a él, que eran casi todos, y/o se empezó a creer espontáneamente que la patria podía ser celebrada y honrada a través de otras representaciones simbólicas, como las deportivas.

El triunfo sobre Brasil había sido parte de la gira al exterior más exitosa del fútbol mexicano en toda su historia. En Sudamérica le ganaron a Colombia 1 a 0, empataron con Perú a 3, perdieron con Chile 1 a 3, y triunfaron sobre Uruguay 2 a 0 y Brasil 2 a 1. Parecía un parteaguas en la trayectoria de la Selección Mexicana, a partir del cual podría aspirarse a los mejores lugares en el próximo mundial, el cual se celebraría justamente en territorio propio, pero una excursión a Europa un año después de los triunfos en el sur de América y antes del mundial de 1970, hizo volver a la realidad a los aficionados, a los jugadores y a los directivos.

En el primer partido contra una selección juvenil de Portugal, México empató a cero. Se cayó 2 a 1, ante Luxemburgo, uno de los países futbolísticamente más débiles de Europa. Frente a Bélgica, futuro rival de México en la Copa Mundial, los seleccionados mexicanos sucumbieron 2 a 0. Con España, gracias a una actuación prodigiosa del portero Ignacio Calderón, empataron a cero. Suecia les ganó 1 a 0 y Dinamarca 3 a 1. Finalizaron la gira con un triunfo sobre Noruega 2 a 0.

La incursión a Europa, a diferencia de la que se llevó a cabo a Sudamérica un año antes, había sido mal planeada. Las condiciones climatológicas en el Viejo Continente fueron totalmente adversas

porque se jugó bajo temperaturas invernales del territorio europeo, extrañas y difíciles para los mexicanos. De cualquier forma, aunque el nivel del fútbol azteca había mejorado visiblemente desde 1962, seguía siendo inconsistente además de inferior ante los mejores del mundo, a pesar de las victorias sobre Brasil y Uruguay en 1968.

Al igual que las oscilaciones de la Selección Mexicana, el estado de ánimo y los juicios de los habitantes del país que seguían al fútbol eran semejantes. Si en la gira a América del Sur de 1968 habían sido recibidos como héroes al regreso de Europa habían sido tratados como traidores a la patria. El humorismo del país, siempre ácido y de baja estima cuando se habla de la personalidad mexicana, decía después de la catástrofe europea que Nacho Trilles, el entrenador, “había viajado a Europa con exceso de equipaje, ya que llevaba 19 maletas y ningún futbolista”.

En la introducción al tomo *Los años difíciles* de la *Crónica del Fútbol mexicano* (1998:8), el escritor David Huerta dice, compartiendo el juicio de Seyde y muchos comentaristas más, que “lo cierto es que el fútbol mexicano ha sido siempre de media tabla – o de media tabla para abajo”.

En realidad, el juicio de Huerta no se apoya en las estadísticas porque si revisamos los resultados de las copas mundiales, México ocupó los últimos lugares hasta el mundial de Suecia. Con el triunfo sobre Checoslovaquia en Chile y los dos empates en Inglaterra, se acercó a la media tabla y con los dos triunfos y el empate en el mundial de México en 1970 pasó a ocupar la media tabla, y en 1986 se situó por encima de la media tabla.

Lo que nadie podría ocultar es la incorregible irregularidad de la Selección Mexicana en la historia de los mundiales. Entró nuevamente a una larga etapa de sinsabores por eliminaciones previas a los mundiales o de pésimo desempeño cuando llegó a ellos.

Si en 1970, con la ventaja de jugar en casa, ganó dos juegos y empató a uno para pasar a la siguiente ronda, hecho que nunca había logrado, cuatro años después no pudo jugar en el Mundial de Alemania porque, durante la etapa de clasificación, en 1973, fue eliminado en Haití por quienes México consideraba futbolísticamente inferiores. Así lo creía Fernando Marcos: “Yo acuso – decía el viejo entrenador y cronista- a los futbolistas derrotados por sus inferiores, de mercantilismo intolerable y, en cierto sentido, de fraude a la afición, el deporte y al fútbol nacionales”. Los cronistas del momento coinciden en que hubo menosprecio hacia los rivales y un exceso de confianza, pero además poco profesionalismo porque los seleccionados mexicanos se habían ido de parranda antes del juego definitivo ante Trinidad y Tobago, con el que perdieron 4 a 0. Ese año los jugadores hacían certeros los análisis de psicólogos y antropólogos que acusaban a los mexicanos de ser inconsistentes e irresponsables.

Aunque a nivel de seleccionados juveniles se habían obtenido un campeonato, en el Torneo de Fútbol Juvenil Amateur de Cannes, en 1975, y en el Mundial Juvenil de Túnez, en 1977, lograron el

subcampeonato con varios de los jugadores que habían competido en Francia, la selección mayor volvió a la época de los peores resultados en una Copa Mundial, ahora en Argentina, en 1978, perdiendo sus tres juegos de la primera ronda por goleada. Cayeron 3 a 1 ante Túnez y Polonia, y sucumbieron frente a Alemania 6 a 0. Quedaron en el último lugar de la tabla.

Cambio de personalidad y mejores resultados

7. A pesar de los resultados de 1978, si nos apoyamos exclusivamente en los resultados obtenidos en las Copas Mundiales, sin ser nada espectacular la Selección Mexicana exhibió un ascenso desde que obtuvo su primer punto en Suecia, en 1958, dos puntos en Chile, en 1962, dos puntos en Inglaterra, en 1966, y cinco en México, en 1970; pero después de esa etapa, cayó nuevamente a los niveles mediocres de su etapa primitiva entre 1974 y 1982. Al jugarse nuevamente la Copa Mundial en México, en 1986, la selección pasó por primera vez en su historia a los cuartos de final al ganarle a Bulgaria 2 a 0 y previamente haber acumulado cinco puntos empatando a 1 con Paraguay, derrotando a Bélgica 2 a 1 y a Irak 1 a 0. En 1990, México no participó debido a que la FIFA lo sancionó porque varios de sus jugadores de la selección juvenil habían alterado sus certificados de nacimiento. Cuatro años después, en el Mundial de Estados Unidos, el equipo mexicano pasó a la siguiente ronda como primer lugar de su grupo, en el que destacaba Italia, una de las grandes potencias del balompié, con la que había empatado a uno. Sin embargo sucumbe ante Bulgaria en serie de penales, embrujado por lo que parece ser uno de los grandes maleficios de la Selección Mexicana: no saber ejecutar los tiros desde los once pasos en circunstancias de alta presión. En Francia 98, México derrota a [Corea del Sur](#) por 3 a 1, para después empatar con [Bélgica](#) y [Holanda](#) (ambos por 2 - 2); los tres partidos México los comenzó perdiendo y al final remontó. En octavos de final, nuevamente se encuentra con [Alemania](#), verdugo de los mexicanos y se cae por 2 a 1. En el mundial jugado en Corea y Japón, México quedaría como primero de su grupo. Abrió su participación en el [Mundial de 2002](#) con un triunfo por 1 - 0 sobre [Croacia](#) . En el segundo partido, México consiguió su segundo triunfo ante [Ecuador](#) 2 a 0. Finalmente contra [Italia](#), México empató a un gol. En la segunda fase, México caería derrotado ante Estados Unidos 2 a 0. En la [Copa Mundial de Fútbol de 2006](#), en Alemania, ante [Irán](#), México debutó ganando por marcador de 3 a 1. En el segundo encuentro empató a 0 con la [Selección de Angola](#). En el tercer encuentro perdió 2 a 1 ante la escuadra de [Portugal](#) y pese a ello clasificó a Octavos de Final, donde mordió el césped 2 a 1 ante [Argentina](#), a pesar de que fue el mejor encuentro de la selección mexicana.

A lo largo de 76 años de asistir a la mayoría de los mundiales de fútbol, la Selección Mexicana ha experimentado cuatro etapas: entre 1930 y 1954, donde sufre derrotas aplastantes en la primera ronda y es sistemáticamente eliminado. Entre 1958 y 1966 donde obtiene sus primeros empates y una victoria. Entre 1970 y 1986, donde por primera vez pasa a la siguiente ronda y obtiene dos victorias en la primera tanda clasificatoria, cuando jugó en México; pero el salto significativo de 1970 no lo pudo sostener en las siguientes copas ya sea porque fue eliminado previamente en 1973 y 1981 o porque tuvo un pésimo desempeño en 1978, semejante al de los torneos de la primera etapa.

A México le sucedió algo semejante que a Chile, otro país latinoamericano: no pudieron mantenerse en el nivel que habían logrado después de organizar la Copa Mundial en sus respectivos países. Chile se situó en un excelente tercer lugar en 1962, y México sexto en 1970, en torneos de 16 selecciones. Después del mundial de 1962, Chile no volvió a ocupar un sitio destacado en los máximos torneos del balompié internacional. México nunca ha podido pasar a la ronda de los cuatro finalistas, aunque ha superado la primera tanda en cuatro ocasiones.

León Krauze, autor de la *Moneda en el aire (1986-1998)*, uno de los volúmenes de la *Crónica del Fútbol Mexicano (1998)*, se pregunta ¿después de un siglo de historia cuánto ha avanzado el fútbol mexicano?

Para Krauze, se ha avanzado en un espíritu, en carácter. Ya no baja la cabeza. El estilo sigue variando, pero la mentalidad es otra. Más fuerte, dice él.

Así parecía ser hasta que en las eliminatorias de 2009 para asistir en 2010 al Mundial de Sudáfrica, reapareció la personalidad insegura, similar a la de los penosos años de las derrotas constantes. Los fracasos pudieron deberse a carencias técnicas y poca experiencia internacional, pero también a una mentalidad insegura, apocada. Pero si la personalidad débil ya parecía superada, continuaban los rasgos de una pobre psicología futbolística.

Pelear el balón, arrebatarlo ha sido una característica que ha acompañado permanentemente a los jugadores mexicanos, pero entregarlo bien a los compañeros y sobre todo incrustarlo en la red contraria con la definición exigida, sobre todo en momentos de alta presión, particularmente cuando se ejecutan los penales o el juego está hirviendo, requiere de un nivel de control psicológico que no se ha alcanzado. El futbolista francés Henry Thiery en una visita a México en 2008 señaló lo que se ha dicho del futbolista mexicano desde hace varias décadas: “a los futbolistas mexicanos los cuales les hace falta confiar en sí mismos para lograr algún éxito importante”. Rafael Márquez, su coequipero mexicano en el Barcelona lo secundó: “Tiene razón yo lo he mencionado en años pasados, necesitamos tener otra mentalidad, saber que tenemos un gran potencial y tenemos que aprovecharla porque esa es una gran labor que tenemos por hacer, cambiar el chip, no nada más en

el ámbito de fútbol, sino a nivel social en cualquier ámbito debemos cambiar ése chip de los mexicanos, de que si podemos, porque si se puede cómo no". (Diario Olé). Márquez, que estaba por cumplir su segunda temporada con la escuadra blaugrana, manifestó que los jóvenes mexicanos prefieren quedarse en México, ya que es una liga bien pagada donde son bien tratados y sin mucha exigencia. Por ese motivo muchos jugadores mexicanos no salen en busca de oportunidades y "me duele que no salgan a buscar otras cosas, porque tenemos capacidad. Los dirigentes deberían dejar marchar más fácil a los jóvenes, para que se formen". Ante la situación "complaciente" del fútbol mexicano, muchos extranjeros prefieren llegar ahí, cosa que ve mal porque "no me gusta que vayan a chuparse el dedo cuando hay gente que puede estar al mismo nivel. Pero es lo que hay, no podemos cambiar toda la mentalidad".

¿En qué momento, en qué circunstancias y qué actores intervinieron para que surgiera otra personalidad futbolística que, si bien no rompe de tajo con un viejo comportamiento, al menos, observando los resultados, si exhibe un pequeño salto hacia adelante?

Si bien no hay un corte súbito entre dos épocas marcadamente distintas porque, más bien, ha habido un proceso con ascensos y descensos en el que, cuando se ha participado en los mundiales de 1970 a 2006, se pasó a la segunda ronda en siete ocasiones, 1970, 1986, 1994, 1998, 2002 y 2006 y quedaron en el último lugar en 1978, bien puede decirse que a partir del brinco que se dio 1986, con la segunda Copa Mundial jugada en México, se logran participaciones más regulares tanto en torneos continentales como en copas del mundo.

Tres años antes del campeonato mundial de 1986, Bora Milutinovic, el técnico serbio que conducía a la selección mexicana, definía de esta manera al futbolista local:

“No tiene consistencia. Tiene desventaja en cuanto a la estatura. Más inexperiencia (sic) internacional con clubes que en competencias oficiales. Pero, aunque parezca contradictorio, debe explotarse su disciplina. Es un elemento educable. Al que se le pueden aclarar conceptos, para que desarrolle su rapidez, su vivacidad, su picardía, su inquietud para hacer buen marcaje y correctos desplazamientos. Que no incurra en la tendencia natural de irse hacia delante sin jugar para obtener resultados, que es lo que debemos procurar. Y que sepa aprovechar la condición de local. Hacerle sentir al rival esa presión.” (Citado por Ventura. Jorge, 1983:182).

Las características cualitativas que veía Bora Miluyinovic en los jugadores mexicanos, en lo fundamental eran las mismas que se observaban en décadas anteriores: inconsistentes y faltos de roce internacional, pero obedientes.

El Mundial de 1986 fue la transición entre 1970 y 1994. En este último año, cuando se celebró el mundial de fútbol en Estados Unidos, la mayoría de los periodistas deportivos y otros especialistas

de fútbol afirmaban que durante esa copa había surgido una personalidad futbolística no vista antes entre los jugadores mexicanos. Se dijo que en la etapa previa de clasificación, el papel desempeñado por Julio César Menotti, fue determinante, catalizadora, para que la mentalidad de los seleccionados mexicanos adoptase mayor seguridad y convencimiento de triunfo.

El Mundial de 1994: el inicio (aparente) de un cambio de mentalidad.

8. Lo sorprendente de esta coyuntura, es que tan solo días antes, al caer derrotada la Selección Mexicana 1-0 ante la de Estados Unidos, en un juego de práctica, los juicios hacia la escuadra azteca eran los mismos de siempre. Decía un párrafo de Ignacio Matus, cronista estelar del diario deportivo *Esto*, de la Ciudad de México, el 5 de junio de 1994:

“Algunas pinceladas fueron ahogadas por su ineficacia permanente...Ya(es) tiempo de abatir malas costumbres. Ya es hora de imitar a quienes entre los de afuera actúan con mayor acierto. Si hoy es cierto que la continuidad es el factor que mejor explica los logros conseguidos por ciertos futboleros. (Se trata) de “alterar las costumbres que, por equivocadas, no han producido (nada bueno) y, por el contrario, perjudicaron”.

El amargo tropiezo ante Estados Unidos, a escasos días de la inauguración del mundial, echaba tierra a las ilusiones de lograr entre los mejores de ese torneo. “Con la Selección Nacional los sueños se desvanecen”, intituló el *Esto* la crónica del encuentro con la escuadra estadounidense el mismo 5 de junio. Para Matus, la mayoría de los jugadores mexicanos en ese encuentro generaron “la idea de que tienen puesta la mente en sus intereses personales; que la mentalidad antes mostrada (durante la Copa América, la cual habían ganado en 1993) respecto de la importancia que para ellos significaba la Selección Nacional como institución; el orgullo que entrañaba ser seleccionado, la disposición para ser decididos y audaces con tal de pertenecer al grupo, se han alterado ostensiblemente...”.

Para observar el nudo de contradicciones anímicas que albergaban muchos mexicanos, una vez que los críticos y fanáticos descargaron su frustración por la derrota ante Estados Unidos y pocas probabilidades le concedían a la selección, el día del debut de la escuadra tricolor en la Copa Mundial de 1994, el 5 de julio, los encabezados periodísticos, con deseo religioso, deseaban ansiosamente un triunfo. Para Ignacio Matus, se trataba de mucho más; había que conquistar la *trascendencia*.

El periodista especializado en fútbol intituló su artículo de esta manera: *En búsqueda de la trascendencia*. Buscando un tono épico a su texto, Matus escribió:

“Hoy (4 de julio) es el aniversario de independencia de los Estados Unidos y mañana puede darse el grito de liberación del fútbol mexicano respecto de su condición de simple participante en el máximo evento internacional... (La selección) “está ubicada ante la grata perspectiva de la trascendencia...superando de manera rotunda y definitiva todo cuanto había logrado antes...”.

Matus y millones de mexicanos más, pensaban que, a la víspera del siglo XXI, había llegado el momento de dar el paso a la grandeza, de igualarse con los poderosos, tanto en el fútbol como en los niveles de vida. México, escribió, el decano de los reporteros del diario deportivo *Esto* el 19 de junio: “...depositó su anhelo de grandeza en un grupo que en varios minutos de su existencia como tal, pareció capaz de brindar esta tan ansiada satisfacción...darle forma a una evolución siempre anhelada, un paso al frente en la ya larga y frustrante lucha por dejar la fama de finalista geográfico, de rey tuerto en una zona de ciegos futbolísticamente hablando, y poder rozarse con los que están colocados en los primeros lugares del escalafón mundial”.

El deseo de trascender no era exclusivo de Matus, si no que, realmente, la compartían la mayoría de los aficionados al deporte mexicano y quienes habían depositado sus sueños en la apertura comercial, las inversiones extranjeras, la liberalización de la economía y la guía de los políticos neoliberales. A pesar de que la rebelión indígena armada en Los Altos de Chiapas, a principios de 1994, año del mundial, había desmentido a quienes ya hablaban, a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio, de un México que se acercaba al Primer Mundo, lo cierto es que, al margen de estar o no a favor de la propuesta de sociedad que presentaba una nueva generación de gobernantes encabezados por Carlos Salinas de Gortari, quienes habían obtenido doctorados y maestrías en las mejores universidades de Estados Unidos y Europa, por lo menos desde 1968, año del Movimiento Estudiantil, había un claro parteaguas, donde nuevas generaciones de mexicanos actuaban con más decisión, franqueza, desafío y firmeza que en el pasado. Podía hablarse de que se iniciaba un cambio de mentalidad, sin ruptura total con el pasado, es cierto, lo cual sociológicamente era imposible, pero sí con jalones hacia delante que también se reflejaban en el fútbol mexicano. No obstante lo anterior, en lo inmediato, las reacciones que se conocieron después del primer juego de ese mundial, que terminó con una derrota mexicana ante Noruega, 1 a 0, revelaban las clásicas críticas derrotistas y fatalistas de comentaristas y aficionados:

“¡ Lo de siempre ¡ México perdió 1-0 con Noruega, a cinco minutos del final”, decía a ocho columnas la portada de *Esto* el 20 de junio. En su crónica, Ignacio Matus escribió que, a pesar de su dominio y mejor juego, México careció de eficacia. Este experto periodista había escrito con esperanza y deseos de trascendencia el día anterior, al igual que numerosos comentaristas deportivos, sin embargo, desliza una contradicción cuando hace flotar un pasaje del inconsciente: “Desde siempre el vaticinio fue de catástrofe frente a estos mocetones que hacen del choque, el

pelotazo y los centros un estilo contundente...”. Nos hace pensar que los futbolistas mexicanos, de poco peso y baja estatura, tenían pavor de enfrentar a atletas altos y corpulentos. Matizando el análisis, Matus agrega: “México supo tener el balón y mostrar una estructura firme...No hubo pánico escénico entre los mexicanos, el problema fue la falta de velocidad...nuestros futbolistas no son veloces...utilizaron con frecuencia la pausa y dependieron del pase de apoyo...solo faltó el gol y bien sabemos como pesa”.

Ganando a Irlanda, en la segunda ronda, 2 a 1, nuevamente regresa el optimismo entre los comentaristas. Los europeos, citados por la prensa mexicana, ven a una escuadra mexicana bien estructurada, con sólida idea futbolística. Pocas veces habían opinado tan bien de una Selección Mexicana. La cabeza del diario *Esto* refleja otro estado de ánimo y conceptos poco utilizados para definir el carácter de un grupo de futbolistas mexicanos:

“¡Gracias, México. Determinación, contundencia”.

Días después, el 29 de junio, cuando México empató con Italia 1-1 y se clasificó en primer lugar para siguiente ronda, el titular de *Esto* desbordado, utilizaba calificativos épicos:

“¡Heróico Tri.” Y el subtítulo agregaba: “Empató a un gol con Italia y calificó para octavos de final”.

Ignacio Matus, no pudo ocultar una lectura de ese éxito deportivo con un nacionalismo defensivo y a la vez solidario con los emigrantes:

Con el empate ante Italia y el pase a la siguiente etapa, logrado en Estados Unidos, cuando antes solo se había obtenido en los mundiales de México, el Tri, dijo Matus, hizo “que todos los mexicanos aquí presentes hoy nos sintamos orgullosos de serlo, en un país donde particularmente se nos denigra, se nos discrimina en la medida que lo hacen con muchos compatriotas”.

A este orgullo nacionalista y solidario con los emigrantes, Matus agregaba otra anotación sobre el cambio de personalidad de los futbolistas nacionales:

“...es cierto que el jugador mexicano ya no se sume en la desesperación y en la angustia, como lo hacía antes, si no que ahora existen hombres con agallas, inconformes con las derrotas honrosas, con los caídos cara al sol, con de nuevo los “ya merito”. Ahora tienen otras aspiraciones y diferente actitud ante el reto”. En su columna “Cosas de la patada”, del 7 de julio, Matus confesaba que los integrantes de la selección”...nos enseñaron a pensar en grandes logros porque fueron ellos los que pronunciaron: “Vamos por la copa”.

No obstante el balance positivo que hacía Matus de la participación de la escuadra mexicana en el mundial de Estados Unidos, en el que veía una ruptura psicológica con el pasado, al caer en octavos finales frente a Bulgaria mediante el maleficio de los penales, reaparecieron las interpretaciones fatalistas en la mayoría de los periodistas deportivos y fanáticos del balompié:

Escribió Toño Andere, uno de los más veteranos comentaristas deportivos del país, en *Esto*:
¿A qué o a quién puede atribuirse esta desgracia? Porque sin duda fue una desgracia...¿sería el viejo maleficio que ha pesado sobre nuestro fútbol durante largos periodos de su historia? La verdad, a aunque a muchos les parezca una ridícula manera de consolarse, tenemos que aceptar que el destino no ha sido benigno con el fútbol mexicano”.

No obstante su visión fatalista, Toño Andere concluía en que “pese a todo, hoy ostentamos ante los ojos del mundo, un nivel superior al que teníamos”.

Con su titular “¡Fallaste corazón. México eliminado en penalties por Bulgaria (4-2), se va del mundial”, Ignacio Matus escribió adolorido:

“Cuando terminaron los 120 minutos de juego, durante los cuales la confianza en las posibilidades de los mexicanos fue permanente surgió el presagio...la fatalidad invadió de nuevo a los mexicanos... significa una carta que nunca han podido superar los mexicanos”.

“Lamentablemente, esos minutos de dominio, de un fútbol esplendoroso...se vieron faltos de la puntada final, ese viejo mal del fútbol mexicano, incapaz de vencer el marco contrario en la debida proporción de su dominio”.

“Las lágrimas no se justifican, el coraje sí, porque a punto se estuvo de ampliar el objetivo. Pero esta vez, por lo menos, el fútbol mexicano se convirtió en protagonista”.

Matus tenía razón, fueron numerosas personalidades del balompié internacional quienes vieron en el desempeño de la escuadra mexicana un salto considerable en relación a otras copas. Bertr Vogts y Lothar Mattheus, dos estrellas alemanas de su época y que habían jugado contra otras selecciones mexicanas, declaraban en el diario deportivo *Esto* que “México podía llegar a semifinales” y que “sentían respeto por México”. Así mismo, el mismo periódico citó una encuesta realizada en 17 países de los 24 asistentes al mundial, en la cual el 84% le otorgaba a México posibilidades de ser semifinalista. No había antecedentes de que en los pronósticos a México se le concediera un lugar entre las mejores escuadras en una Copa del Mundo.

El equipo que fue capaz de clasificar en primer lugar de su grupo a los octavos de final en el mundial de Estados Unidos, había tenido un desempeño sobresaliente en la Copa América, donde juegan las mejores escuadras de Sur, Centro y Norteamérica, al quedar en tercer lugar, y quedar campeones en la Copa Oro, frente a los mejores seleccionados de el Caribe, Centro y Norteamérica. Esos éxitos hicieron pensar a muchos mexicanos y a los jugadores aztecas que podían llegar a la final de la Copa del Mundo. Al menos así lo creían Ramón Ramírez, Hugo Sánchez y Luís García, tres figuras del combinado mexicano. Después de perder en su penúltimo de juego de práctica frente a Estados Unidos, antes de la inauguración del mundial, Ramírez le declaró al *Esto*: “Aun pienso que vamos a llegar a la final”, a lo cual, Hugo Sánchez, sumaba

ilusiones de llegar al último juego: “Llevamos un sueño, ojalá se realice”. Luis García iba mucho más allá en sus ambiciones: “Aspirábamos al título...dimos un gran paso a la trascendencia internacional”.

Jorge Campos, arquero de la selección y el jugador mexicano más popular en ese mundial, declaró después de ser eliminados por Bulgaria: “La Selección Mexicana demostró carácter y entrega...(y) nadie puede estar avergonzado de nosotros porque se demostró que se ha avanzado bastante en el nivel técnico del fútbol mexicano”.

Pero, si había mexicanos, periodistas y aficionados, que se sentían avergonzados y no veían superación alguna en la selección de 1994. En el mismo diario *Esto*, el 8 de julio, en su columna “Buenos días (No te rías)”, conservaba los juicios de antaño:

“Cuando pensábamos que teníamos lo suficiente para pasar por encima de Bulgaria...afloraron nuestras limitaciones. Las mismas de siempre, por cierto. Indecisión, timidez, novatez, falta de gol”.

En el mismo diario deportivo, un columnista que firmaba como John Smith, reproducía en su columna “Coffe and Donuts” las palabras de inmigrantes mexicanos avecindados en Estados Unidos:

“¿Cómo es posible –se preguntan en la comunidad mexicana – que los mejores jugadores de México, los que ganan más dinero, no sepan tirar penaltis?”.

En efecto, la escuadra tricolor había sido derrotada en una tanda de tiros libres desde los once pasos como en otros mundiales y en otros partidos importantes. Los jugadores mexicanos habían aprendido a enfrentar a los mejores equipos del mundo en condiciones de igualdad táctica y con equivalencias técnicas colectivas, pero todavía no sabían cortar el aire en condiciones de alta presión. Su psicología parecía todavía endeble cuando se le sometía a caminar por el filo de la navaja sin titubear. Esto dijeron algunos de los seleccionados sobre el complejo insuperable de los penaltis:

“Lanzar un penalti, gran presión” (Ignacio Ambriz). No se erró “por miedo o por cansancio, fue algo distinto, traté de cambiar el sitio por dónde tiraría, para evitar que me lo adivinaran y en esa distracción fallé”. (García Aspe). Jorge Rodríguez, otro de los jugadores que entregó su tiro libre, nunca antes había fallado un penalti.

Hristo Stoichkov, estrella de la selección búlgara, con agudeza observó a los tricolores:

“Creo que los penales les pesaron mucho, no los esperaban a sintieron demasiada responsabilidad”.

Kinakov estaba de acuerdo con su compatriota: “Estábamos menos nerviosos que los mexicanos”.

Un mes antes, el 6 de junio, en el marco del mundial de 1994, Ignacio Matus había escrito acerca de la importancia de la mentalidad en el fútbol:

“Solo con disposición de ánimo, con seguridad en sí mismo, con la actitud indicada, se puede aplicar debidamente la técnica. La imprecisión surge no solo por no saber golpear bien la pelota, si no por falta de decisión para hacerlo, para ganarle tiempo y distancia al adversario”.

Jorge Valdano y antes Ángel Labruna, dos ex jugadores argentinos de alto nivel y diferentes épocas, expresaron una frase que revela la íntima relación entre la psicología y la capacidad física y técnica de los futbolistas:

“El fútbol empieza en la cabeza y termina en los pies”.

Todos los futbolistas, para ya no hablar de otro tipo de deportistas, tienen miedos, es inevitable. Sin embargo, la manera de enfrentarlos varía en cada individuo, en cada grupo y en cada cultura. Marcelo Roffé, especialista en Psicología del Deporte enumera treinta de los “miedos” que atrapan al futbolista. Dentro de ellos, dice Roffé, “el miedo a fracasar (el concepto de éxito o de fracaso es muy subjetivo), y el miedo a equivocarse son posiblemente los más comunes. El miedo a no poder resolver y el miedo a lesionarse también son recurrentes. Se observa / y no solo en los juveniles) mucho miedo a hablar tanto con el técnico como con los compañeros. En el fútbol falta la palabra” (2007:152).

Son frecuentes las opiniones de observadores extranjeros y nacionales de que en general los futbolistas mexicanos enfrentan la presión con menos solvencia que jugadores de otros países, sobre todo al visitar canchas extrañas. Es probable que, el miedo a la equivocación y al fracaso, sean los que aparezcan en los jugadores mexicanos en los juegos más disputados y/o trascendentales. Si hablamos de las incontables ocasiones en que la Selección Mexicana ha perdido encuentros claves debido a la mala ejecución de los tiros penales, podemos respaldar la hipótesis de que no han sabido controlar la presión en situaciones de alta competencia.

Otros ejemplos que podrían respaldar la hipótesis de que los seleccionados mexicanos ven debilitada su personalidad en condiciones de tensión intensa son las frecuentes derrotas ante Estados Unidos de 1994 en adelante, y las cada vez más frecuentes derrotas ante seleccionados centroamericanos y caribeños que son acompañados por una enorme presión de los medios de comunicación y los aficionados.

A los mexicanos nos les falta técnica para saber golpear el balón ni experiencia doméstica para ejecutarlos, pero sí el dominio de los nervios y la concentración necesaria en condiciones de ebullición.

Una mentalidad capaz de controlar los nervios y mantener la concentración no es tan solo resultado de largos y constantes entrenamientos futbolísticos sino de la construcción de una personalidad a lo largo de la vida, empezando en el seno de una familia que forja individuos

autónomos que enfrentan y resuelven compromisos, que aprenden a tomar decisiones de manera independiente y que supera inseguridades anímicas y culturales.

En este plano, aunque la familia mexicana ha ido adquiriendo características de las sociedades modernas, en las que sus componentes dependen menos de las decisiones colectivas y aparecen más las individuales, a la vez que las figuras paterna-autoritaria y materna-proteccionista se debilitan, debido a la adopción de nuevos modelos culturales y la incorporación de las mujeres a nuevos roles laborales, educativos y sociales, los hijos mexicanos no terminan de arribar a un modelo familiar que contribuya a forjar individuos con mayor seguridad personal. Esta es una fuente psicocultural que parece influir en la mentalidad de los futbolistas mexicanos para hacerlos titubear en momentos que exigen una sólida definición, particularmente cuando se encuentran solos frente al balón, el arco y el portero.

Así pues, en este trabajo se ensaya la interpretación de que, el estilo y la mentalidad de los futbolistas mexicanos, emana de una cultura donde, a pesar de muchos cambios habidos, la educación familiar proteccionista y una cultura, sobre todo urbana, que, en general, no propone un sistemático sentido de la responsabilidad en el trabajo grupal, donde se enseñe la reciprocidad, la solidaridad, el apego a las normas y, a la vez el sentido de independencia de los individuos, creando personalidades más seguras y solventes, no contribuye a que la psicología de esos deportistas alimente un más alto rendimiento en las canchas.

Bibliografía

- Aceves Manuel (2000). Alquimia y mito del mexicano. México D. F.; Editorial Grijalbo.
- Alabarces Pablo (2002). Fútbol y patria. Buenos Aires. Prometeo libros editorial.
- Antonio Peñalosa Joaquín (1922). El mexicano y los 7 pecados capitales. México. D. F.;
- Ediciones Paulinas S. A.
- Archetti Eduardo P. (1999). Masculinidades. Argentina. Antropofagia editorial. pp. ()
- Bañuelos Javier, Calderón Carlos, Sotelo Greco, Krauze León. (1998) Los años difíciles. Volumen IV. Revista crónica del fútbol Mexicano.
- Bañuelos Rentería Javier (1998). Balón a tierra. Volumen I. Revista crónica del fútbol Mexicano. pp. (77)
- Bartra Roger (2002). Anatomía del mexicano. México D. F.; Editorial, Plaza Jonés.
- Calderón Cardoso Carlos (2000). Con el orgullo a media cancha. Revista la selección mexicana.
- Calderón Cardoso Carlos (2001). Historia del coloso de santa Úrsula. Revista Estadio Azteca.
- Chávez Landeros Carlos (1965). El fútbol mexicano ya no es joven. México D. F.; Editorial costa- Amic
- Díaz Guerrero Rogelio (1972). Estudios de psicología del mexicano. México D. F.; Editorial Trillas.
- D' Egremy A. Fco. (1983). El mexicano bajo su sombrero. Psicoanálisis de: Su desnudez, sus frustraciones, su taxonomía. México D. F. fotografic S. A. de C. V.
- Fábregas Puig Andrés (2001). Hermandad chivas. Zapopan Jalisco. L colegio de México editorial.
- Florescano Enrique (2006). Imágenes de la patria. México D. F. Taurus Editores.
- González Pineda Francisco (1959). Monografías psicoanalíticas, el mexicano su dinámica psicosocial. México D. F.; Editorial pax- México.
- González Pineda Francisco (1988). El mexicano psicología de su destructividad. México D. F.; Editorial pax- México.
- Griswold Del Castillo Richard (1984). La familia. EUA. Editorial Data
- Krauze León (1998). Moneda en el aire. Volumen V. revista crónica del fútbol mexicano.
- Luquín Eduardo (1961). México en el extranjero. México D. F.; Costa- Amic editor.
- Mason Edgar (1990). México y sus mexicanos. México D. F. Editorial Posada.
- Molina Aznar C. P. Víctor E. (1980). El mexicano p... 3ra edición México D. F.
- Costa- Amic editores S. A.
- Monroy Rivera Oscar (1969). El mexicano ciudadano de quinto. México D. F.; Editorial Libros de México.
- Paz Octavio (1950). El laberinto de la soledad. México D. F. Editorial Costa- Amic.
- Roffé Marcelo. (2007) 3ra edición. Psicología del jugador del fútbol. Buenos Aires. Editorial Lugar.
- Sotelo Greco (1998). El oficio de las canchas. Volumen III. Revista crónica del fútbol.
- Sotelo Montaña Greco (1999). Chivas la construcción de un orgullo. Revista club deportivo Guadalajara.

- o Ventura Jorge (1983). México 86. México D. F. Ediciones Ciclo. pp. (185).